

Tomás Sánchez Santiago



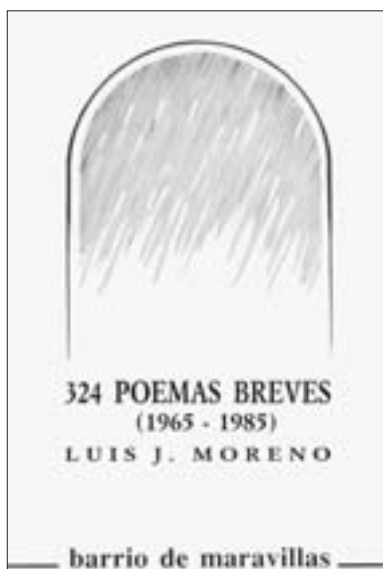
El arte es una juerga

Eso decía un verso desprejuiciado –uno más– de Luis Javier Moreno (Segovia, 1946) en una época en que la sacralidad de la expresión artística no debía ponerse en cuestión, obligándose quien lo hiciera a quedar bajo sospecha. Aquella era una época de alardes culturalistas, de emblemas estéticos intocables, de estupor juanramoniano. Se resucitó a los poetas de “Cántico”, se despertó a Ory, se tradujo a Pound. Y todo ello se toma en serio, precisamente para desprestigiar o tomarse a broma mucho de lo anterior. En esas estábamos a finales de los setenta. Hay alguien, sin embargo, que va aún más allá: se ríe también de esa nueva gravedad esteticista. Tampoco, al parecer, eso tiene tanta importancia (“*el arte es una juerga*”, dice desafiando al nuevo sacerdocio). Es Luis Javier Moreno.

Y el poeta llega al primer recodo del siglo XXI y publica *Segunda Antología* (Salamanca, 2010) manteniendo a la vez el oído afilado, el ímpetu verbal y un ánimo zumbón, todo exactamente igual que entonces. Como quien ha escapado sin pretenderlo de asechanzas que no iban con lo suyo, y sigue haciendo camino callado para sí, el poeta de uno de los acentos más reconocibles de la poesía actual ha sobrevivido a regateos y a palmadas de ánimo consolador sin necesidad de volverse a pedir cuentas de nada.

No ha estado siempre Luis Javier Moreno presente en los grandes arcos y los censos poéticos que han pretendido periódicamente caracterizar la multitentacular poesía en lengua española. Dan ganas de explicarlo con las palabras de Rodríguez de la Flor en uno de los estudios preliminares de la citada *Segunda Antología* y decir que su destino “*no es el ahora sino el porvenir*”. También ha podido ser por esa inclinación entre nosotros a valorar más lo consabido que lo inesperado; lo sometido a un canon abierto de antemano que lo que transita por terrenos montaraces y de nadie.

Así me pareció desde el principio la poesía de Luis Javier Moreno, desde que la conocí de su mano en 1978. Un año después verá la luz *Épica de inventario* (Ed. “Balneario escrito”), su primer libro. Es el momento en que Luis Javier Moreno, ese poeta que iba de boca en boca entre letraheridos selectos, empieza a ser leído en esa otra suerte de clandestinidad que es la inadvertencia. *Épica de inventario* bastaba para abrir por sí solo toda una manera de decir. No parecía tener ínfulas rompedoras (“*las ínfulas extrañas*”, así llamó él en cierta ocasión a las pretensiones de algunos de sus coetáneos en aquella hora). Tampoco había en aquellos poemas grandilocuencia ni culto retórico ni exposición de sentimientos ni vehemencia... El discurso era pulcro y de aristas de plata, sin embargo. Y lleno por doquier de una extraña imantación. Pero se defendía de la manada –de libros y de poetas– manteniendo a raya algo que siempre se quiso en la lírica española: la altisonancia. No, en *Épica de inventario* no había altisonancia. Ni en los temas ni en las maneras. Aun así, versos memorables se nos han quedado colgados de la memoria a sus lectores de entonces (“El suicida / cuenta con la atención de los veleros / y los gorritos blancos del jurado”; “Las primeras nieves / son las que salen más perjudicadas: / se las humilla con hostilidad”). Modales de pastelería, gestos de señoritas refinadas, turistas con meriendas, frutas falsas y flores de trapo, talco y pelucas, aquella Lady Sarround transmutada en Helena de Troya –y que prefigura el magnífico poema posterior del autor sobre Nefertiti en Berlín...–, todo un universo ortopédico expuesto con sinuosidad serpentina, casi gongorina, una colección de cromos, caduca y bienoliente, que no encontraba parangón, insisto, ni siquiera entre los poetas coetáneos de Luis Javier Moreno.



Desde entonces el poeta segoviano ha mantenido el tono en sus libros, libros cuya clave consiste en enmascarar todavía más y más cualquier respunte de emoción en el poema, de sobresalto verbal que pueda hacer estallar inconvenientemente su textura elástica, sometida a un flujo rítmico que gobierna siempre esta poesía como una ineludible hoja de ruta. Aunque a veces un arranque parecería pillarlo con la guardia baja: *“He regresado al cuarto de la casa / donde escribí los versos que más amo. / No sé si los mejores... Los que quiero.”*, como se lee en *“Variaciones Salamanca”*, de inmediato el poeta se recobra y vuelve a adueñarse de una distancia muy personal entre la voz poética y el texto, un espacio que es signo exclusivo de identidad poética y que consiste, en última instancia, en exhibir a la vez fervor por las palabras y cierto desdén juguetón por el poema, por su traza de documento poco grávido.

Todo ello vuelve a hablar de esa saludable falta de prejuicios con que Luis Javier Moreno opera en cuanto afecta a la creación poética: a su propio proceso, a su resolución verbal, a su “re-consideración” (el autor se sumerge de continuo en una reescritura casi compulsiva que mantiene su discurso poético entre inesperadas bajas y altas de poemas, y siempre en suspenso), a su propagación.

Esta falta de *capitulación* -en ese sentido de aceptar definitivamente las cosas como fueron- con su propia escritura niega la previsión de un curso verbal. Tras ciertos tanteos a favor de un formalismo peculiar, que él se cuidaba de exponer de cualquier manera, pronto empieza a apuntar cierta inclinación hacia un interés expansivo por el tema y la clave de dicción de su relato. Pero antes había que hacer labor de liquidación de existencias. No fue gratuito el gesto de *324 poemas breves* (Col. “Barrio de maravillas”, 1986), ejercicio de estreñimiento barroco en que los poemas iban descontando versos en cada una de las secciones hasta quedar reducidos a la jíbara en tres, en dos, en uno, en sombra, en nada... Gusta ahora pensar en aquella travesura suya. ¿Qué nos quería avisar el poeta con esa inclinación decidida hacia la disipación? De nuevo, a lo mejor, el farol de no hacer demasiado caso, de ir preparando el terreno del olvido a aquello que puede irse decolorando por la incuria, por el desinterés... *Eppure...* A ese gesto sucedieron poco a poco otras maneras de transformar la fachada poética, repintándola. Y empezó, claro, la juerga. Cambiar versos, cercenar poemas, erradicarlos, abolirlos... Así fue como se hizo el poeta cargo de su escritura desde esa posición sancionadora, autosancionadora. Incluso eliminar la escritura llega a ser suprimirle el aura. Cuando aún leo “Una tertulia ocasional de tarde...” no puedo evitar acordarme de otro desprejuiciado letraherido: García Hortelano -¿pero quién lee ahora a Hortelano?-, cuando soltaba lengua y pluma, por ejemplo, en aquel relato suculento sobre los poetas novísimos o en *El gran momento de Mary Tribune*. De ese mismo modo, el humor es en Luis Javier Moreno vehículo de consternación poética. Y siempre que volvemos a su poesía, todos sus lectores nos perdemos de nuevo en el follaje de una lengua que huyó de desmesuras tanto como de resonancias trascendentes. Y sentimos el sabor de un desemplazamiento que nos hace estrenar lo que parecía ya aprendido, como ocurre con los propios personajes históricos que escenifican algunos de esos poemas suyos saltando a zancadas entre siglos. Pero el propio poeta segoviano nos consuela de esa zozobra con dos versos de “Rota”, el poema más hermoso que leí durante mucho tiempo: *¡Mi vida se ha movido en tantas direcciones! ¿Soy el tiempo que fui? ¿soy sus lugares?*

